

ción. Baste otro ejemplo, por lo demás fácilmente subsanable. Mientras que en una de las páginas del libro el autor da la fecha de 1950 para la muerte de Queipo de Llano, en la página siguiente a la fecha de 20 de marzo de 1951 para el mismo acontecimiento. Es decir, que incluso esta descripción de la vida de la ciudad y su entorno encierra importantes fallos documentales. Con mucho mejor sentido ha entendido su obra Nicolás Salas al titularla **Sevilla, crónicas del siglo XX** y en la que la perspectiva y ritmo periodísticos son útiles para valorar los antecedentes de nuestra historia o simplemente para satisfacer la curiosidad.

Se presta, pues, más atención a lo anedótico y a lo novelesco, lo que Braudel llamaba la **microhistoria**, que a la búsqueda de las causas que originan estos hechos históricos y su



duración en el tiempo. De agradable y entretenida lectura, la «Historia de Sevilla», de **José María de Mena**, no es, desde luego, esa gran historia de Sevilla que muchos esperamos. Flotan todavía en el aire aquellas palabras que pronunciara una vez don Joaquín Hazañas y la Rúa: la historia de Sevilla está por hacer.

En lo que se refiere al cuidado y presentación del libro, hay que constatar lo que parece un mal endémico en todas nuestras publicaciones, las numerosas erratas tipográficas (deben ser más de 100) y una encuadernación no demasiado buena, aspectos éstos que deberían cuidarse en este tipo de obras ■ **J. M. de la T.**

CONTRA LA HISTORIA LIBERAL-CAPITALISTA

La obra colectiva **Ideología y ciencias sociales** (1), compilada por **Robin Blackburn**, se propone llevar a cabo una crítica de las ciencias sociales liberal - capitalistas desde una perspectiva marxista, tratando de extraer los presupuestos ideológicos de la «asepsia», del empirismo y formalismo, del «tecnicismo y abstractismo», de la excesiva especialización que «paralizan el pensamiento social con conceptos inadecuados y superficiales». En ella hay tres ensayos históricos, a los que limitaremos nuestro comentario, debidos a **Gareth Stedman Jones** («Historia, la miseria del empirismo»), **Historia del imperialismo estadounidense**) y a **E. J. Hobsbawm** («La contribución de Karl Marx a la historiografía»).

En el primero, Stedman Jones critica en particular a la historiografía británica del último siglo, a la que acusa de empirismo (tradicional, por otro lado, en el pensamiento británico) y de haber tratado de marginar e «ignorar» las grandes corrientes de pensamiento, desde el marxismo al psicoanálisis, pasando por la sociología y antropología clásicas o «continentales». El autor pone de relieve la responsabilidad de los historiadores positivistas, biólogos, moralistas e individualistas como Stubbs, Bury o Gardiner (siglo XIX), de los liberales como Toynbee o Morley, de los reaccionarios como Ashton —con excepciones progresistas como las de Cole, Tawney, Hobsbawm o Deutscher—, en la perpetuación, hasta nuestros días, de ese anacronismo que es el empirismo y las concepciones liberal - evolucionistas (y capitalistas) del Progreso. Estados Unidos se presenta a sí mismo como ex colonia que nunca ha poseído imperio colonial, y como campeón de la libertad de los pueblos. Stedman Jones contraría las tres afirmaciones y arremete contra este burdo pero sólido y extendido mito de la historiografía estadounidense, y afirma que «Estados Unidos ya era estructuralmente un Estado imperialista en el momento de su creación». Se da una continuidad

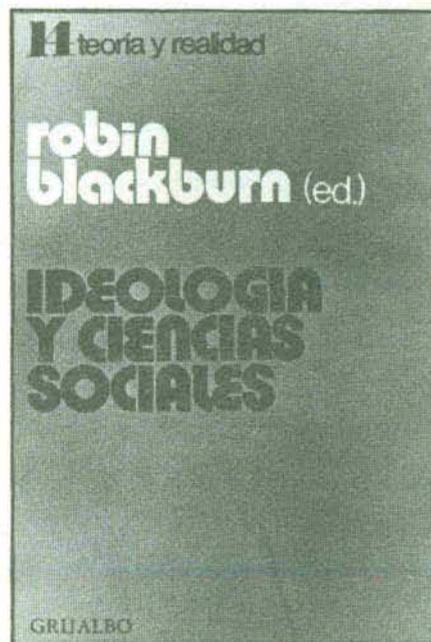
(1) Editorial Grijalbo, Barcelona, 1977. Colección Teoría y Realidad.

asombrosa desde los Padres Fundadores de la nación (siglos XVII-XVIII) hasta hoy. Durante tres siglos largos Estados Unidos edifica un imperio, que se inicia con el expansionismo hacia el Oeste, México y el Caribe, que madura a partir de 1898 (guerra contra España) y de la Gran Guerra (1914-1918), y abre nuevas posibilidades en el Pacífico y en el resto de América a partir de la segunda guerra mundial, hasta su mundialización en los últimos veinte años.

El imperio posee sus teóricos y su elaboración ideológica, «espiritual», gracias a un Monroe (con su Doctrina, que data del lejano 1823), a Turner, a Beard, a los Roosevelt (Theodore y Franklin), a Eisenhower, a Kennedy..., cuyo pensamiento y actuación se traduce en la controvertida Teoría de la Frontera, en la del Big Stick y el Destino Manifiesto, en la de la Buena Vecindad y en la Alianza para el Progreso, entre otras.

¿Cuál ha sido la aportación del marxismo a la historiografía? Esta es la pregunta a la que trata de responder Hobsbawm en el tercer ensayo. El marxismo irrumpe en el mundo de la historiografía europea de manera contundente, enfrentándose con éxito al positivismo y al historicismo, centrando la atención de los historiadores en los fenómenos socioeconómicos y confiriendo un valor desconocido a la masa como uno de los protagonistas de la Historia.

Pero, añade Hobsbawm, todo esto ha producido a su vez una «modalidad» de marxismo anclada a algo próximo a un determinismo económico, cuyo motor es siempre la lucha



de clases, que da lugar a su vez a una «inevitabilidad» histórica comprensible en una época de idealismo y positivismo, pero que sólo cubre una porción (importante) del pensamiento marxiano. Tal «modalidad» ha mantenido vivos en el marxismo, hasta hoy, sus aspectos positivistas y mecanicistas, como se constata en los modelos de desarrollo histórico, y en especial en el del paso de una forma socioeconómica a otra —es típico el ejemplo y la controversia sobre el **modo de producción asiático**—, tan combatidos por los historiadores no europeos y, en Europa, por el funcionalismo y, en parte, por el estructuralismo. Para Hobsbawm, marxista, que rechaza el funcionalismo y el estructuralismo, lo mismo que el mecanicismo y el positivismo, el marxismo debería olvidarse un poco (el propio Marx lo dijo así) de la economía y volver los ojos hacia otros aspectos hasta ahora marginados, como los culturales, ideológicos, psicológicos, individuales, etc., para recuperar su totalidad y sus capacidades. ■ C. A. CARANCI.

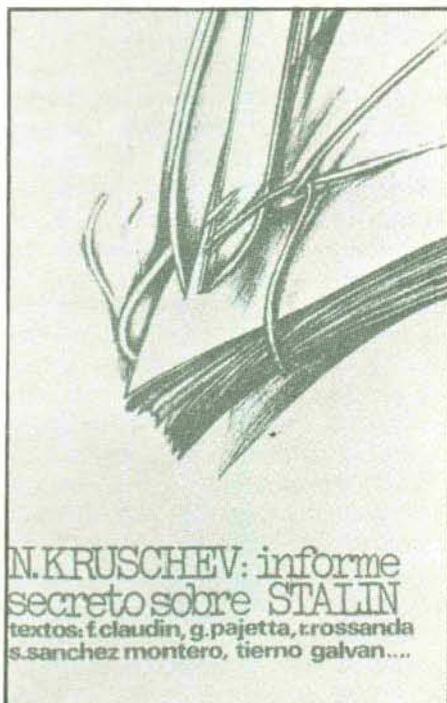
EL INFORME SOBRE STALIN

Mil novecientos cincuenta y seis es una fecha esencialmente ambigua. Es, por un lado, el año en que se celebra el famoso XX Congreso del PCUS, en cuya sesión final —del 25 de febrero— **Jruschov** leerá, a puerta cerrada, su **informe sobre Stalin**; es también el año de los sucesos de Polonia (levantamiento de Poznań) y sobre todo de Budapest, primera versión, un tanto turbia, de lo que, doce años más tarde, ocurrirá con meridiana claridad en la capital checa.

¿Existe, tal y como parece, contradicción entre uno y otro fenómeno: la denuncia del culto de la personalidad y de los crímenes stalinianos y posterior represión de unos movimientos básicamente populares en países dependientes de Moscú? La respuesta debe ser: sí y no. Efectivamente, existe contradicción si atendemos únicamente a lo que el informe secreto pudo haber significado para el PCUS, y de hecho significó a la larga para ciertos partidos comunistas occidentales. Por el con-

trario, no la hay si valoramos en su justa medida el documento en cuestión y vemos —como sostiene, por ejemplo, Claudin— la disparidad flagrante entre el dramatismo de los datos y la «inanidad de sus conclusiones».

Conviene, por su interés, releer hoy el famoso informe (1) y ver cómo, efectivamente, lejos de analizar las causas internas y externas que hicieron posible la aparición de un fenómeno tan complejo en el fondo como es el stalinismo (véanse a este respecto los trabajos de Jean Ellensstein, Althusser o el libro de Giuliano Procacci. «El partido en la URSS, 1917-1945», Laia), Jruschov dispara



todas sus baterías contra el personaje Stalin, al que convierte en un simple caso patológico. Es un poco lo que ocurre cuando se presenta el nazismo como producto de las manipulaciones de un austriaco paranoico llamado Adolfo Hitler, y todo lo más, se alude al marco histórico de la depresión económica como factor condicionante. En el caso de Stalin, este tipo de factores serían el bloqueo de la URSS por las potencias occidentales y la necesidad imperiosa de industrializar el país. El análisis no va evidentemente más lejos. Jruschov —y el sector del poder que representaba— así lo quiso.

Efectivamente, la llamada «desestalinización» fue consecuencia de una necesidad: la de la nueva cla-

(1) N. Kruschov: Informe secreto sobre Stalin. Cuadernos (núm. 1) del Taller de Sociología.

se dominante formada en el proceso de industrialización de abrirse camino (Claudin) y la que tenía al mismo tiempo el país de afianzarse como cabeza de uno de los dos grandes bloques hegemónicos. La liberalización que supuso en cierto modo el lanzamiento de esa nueva política fue una liberalización perfectamente controlada desde arriba. La pérdida del control —como en el caso húngaro— justificaría el recurso a la fuerza de las armas.

Donde más profundamente se dejaron sentir, por el contrario, las consecuencias de ese cambio de rumbo —donde más lejos se llevó el análisis del fenómeno stalinista— fue en algunos partidos comunistas occidentales y, antes que en ninguno, en el PCI, gracias sobre todo al realismo de Togliatti (e indirectamente a la influencia siempre benéfica de la obra gramsciana), que vio por fin la posibilidad de inaugurar una vía propia, autónoma, hacia el socialismo.

Para contrastar las reacciones y repercusiones en el seno de los distintos partidos comunistas del informe secreto —desde la acogida positiva, a la que ya hemos aludido, de Togliatti hasta el silencio culpable y significativo de Thorez y Duclos, del PCF, pasando por la cautela inicial del PCE, que luego sería, con Carrillo, el partido que más rápidamente avanzaría por el nuevo camino—, resulta interesante la idea del editor de completar la publicación del documento de Jruschov con una serie de entrevistas con miembros de diversos partidos comunistas (**Pajetta, R. Rossanda, Jean Prontau y Maurice Valrimont, Jiri Pelikan, Fernando Claudín —entonces en el PCE— y Simón Sánchez Montero**) y algún socialista como **Tierno Galván**, que nos cuentan cómo vivieron aquella revelación o qué dificultades tuvo la verdad sobre Stalin para abrirse paso dentro de sus partidos.

Sólo una observación, destinada al editor, y que puede ser útil para posteriores publicaciones: los entrevistados deberían haber sido objeto de presentación en el libro mediante sendas notas biográficas. No todos los lectores tienen la obligación de saber qué corriente representa, por ejemplo, Pajetta dentro del PCI, qué relación existe entre Rossanda e «il Manifesto» o qué puesto ocupaba Pelikan durante la invasión de Praga.

■ JOAQUIN RABAGO.